

FRAGMENTARIOS Y DITIRAMBOS

X. GALARRETA



EDICIÓN MEJORADA

© Marjinalia Bilduma

© Xabier Galarreta

1995. urtea (iraila)

Zuzenketak: X.G. eta I.M.

Legezko Gordailua: SS-255/99

LAS ARAÑAS

Sobre la piedra, las arañas deambulan buscando la primera distancia. Y con pasos enigmáticos, en el origen de un pasado remoto, sutiles, despiertan secretos en las colinas dormidas. Sus patas velludas recorren los labios de la noche.

Un aspecto atroz las dota de belleza. Todas ellas reunidas en la Constelación Perdida, tan absolutas como la soledad, recorren un sueño de insinuaciones, un sueño de nebulosas que las atrae hacia el centro, donde incuban semillas ovaladas, semillas de carne —también ellas aprenderán a ser—. Sin proponérselo, renuevan los sonidos que interrogan al mundo. Y se adormecen en la entrega insensata, morenas del terror y agazapadas.

Raciocinio vidriado son los ojos con los que rezan, visionarias de oro oscuro. Alguna vez fatigadas, llegan a los hechos concluidos. Y aturdidas, se arrastran sin destino hasta lo más bajo del dios.

No conocen el mar ni la audacia de las nubes. Viven ajenas. Su primera existencia, tan campesina como la última. Disfrutan del ahora y del después. Representan en brocados la Naturaleza grotesca a la que sirven, desde esa maliciosa ansiedad de vivir que las dirige.

Subterráneos son los hogares donde procrean incontables. Las horas infinitas nada representan. En las tinieblas que habitan retumba el eco de una pelea. El perfume de las hembras, tenso y voluptuoso, llama a realizar deshilachados actos irónicos de amor: un sufrimiento fácil, más

distante que ellas mismas.

Silenciosas, celebran el futuro. Construyen lo que no pueden ver: fugitivos senderos en los que palpita el universo. Al fin, arrastrándose bajo el peso de sus caparazones, entre preguntas acerca de la última puntada, absurdas, descubren un sueño de salones: ¡cientos de ojos las vigilan! ¡miles de ojos las atraviesan de parte a parte! Así acaban, miembros honoríficos de alguna colección. Un alfiler clavado en la barriga peluda.

Recónditas, inmóviles, atrayentes, hechiceras... Ellas son las únicas, en su inmovilidad. Ellas, las arañas, las divertidas arañas, las pobrecitas arañas, ellas, que acarician la tierra fría con sus patitas de araña, son las únicas —¡las únicas!— que se dirigen hacia.

FANTASIA

Nada sucede en este suelo de piedra, ni existe un contacto lógico entre el yo y lo accesorio del paisaje: la mirada filtrada en la espera del que ha esperado siempre.

Victoria y derrota, un círculo en donde el beso confiesa «mereció la pena». Y está de sobra cuanto necesario es. Las nobles luchas temen el desenlace... sin importar cuál sea. La hora desnuda lamenta el instante en que muere, mientras la tierra exhala un último suspiro... con el que se renueva.

Por fin, el sexo corrobora la realidad del Hombre: ¡estábamos solos!

A veces, recordando el papel que represento, intuyo la humanidad del que se rinde en la victoria. «Eres un instrumento», me confieso, «la risa vacía de alguna promesa incumplida, o el anciano que añora lo que ya no recuerda».

Absurdo y contradictorio, remonto las silenciosas horas. Aguardo una bandera la cual amaré hasta la destrucción. Renuncio al tiempo que lleva a la esperanza. Pero nadie dirá «Yo lo vi llorar».

Porque nadie tendrá motivos para alzar la voz.

Continuaré, más allá del pasado y de los muertos. El mundo está donde yo estoy. Y los montes Urales existen. Tan seguro como el rostro desdeñoso de la mujer. Tan inmortal como una sombra del País de las Sombras.

En la calle uniformada los fusiles despiertan. Alegres van los hombres, buscando un destello de belleza. La locura

es un niño asomado a la ventana. Ágiles corren los años de la guerra; lentos los de la paz. Fragmentos de felicidad estallan en los rostros. La espuma de los mares es fango rojo y amenaza constante. Un bullicio de calles a los gritos de «¡Victoria!». Y la tierra también «¡Victoria!». Y los muertos «¡Victoria!».

No me equiparo. Con nada. Destruyo los sueños que flotan en el aire. Me insinúo, curioso, y deshago la maleta. Luego me siento en el borde del camastro. El cordón de mi zapato está suelto. Un temblor recorre el cuerpo en el que sufro y gozo. Era hermosa la mujer de Hendaia.

El futuro voy dejándolo atrás, ensimismado en la contemplación de mis pies desnudos. Gozo con la hembra. Y más adelante, la niego. Soy infiel —tanto como una madre—. Y cuando se aleja... Y recuerdo... No, no recuerdo nada. Es mejor así. «Te querré con toda mi angustia». No lo pudo entender. Tampoco yo. Sin embargo, la intención era clara, enemiga de la ambigüedad.

INTRODUCCION

(Del libro «Murruaz Bestaldean»)

La colección de cuentos recogidos en el libro «Murruaz Bestaldean» provoca un sentimiento cómplice, tal y como si nos halláramos ante un paisaje desértico: la desencarnación del espíritu comunicativo que anida en la intención de la escritura... hasta alcanzar una evasión total de la realidad. El viajero de las bibliotecas a través de un paisaje de efectos ópticos, de meros espejismos. Como si realmente se tratara de un desierto en donde las bellezas naturales sólo pueden conseguir la realidad a partir de lo que uno mismo sea capaz de soñar; como si cada cuento cayera hacia algo que no existe, perdiéndose entre el lujo de imágenes que fluctúan entre la vida y la muerte, a veces, un puro instinto sexual, o el recuerdo de una lluvia monótona resbalando en la ventana.

Los cuentos hablan para sí mismos, exilados de su propio origen, sometidos a un exorcismo que los alienará de la cultura utópica. Otro modo más de afirmarse tomando el Lenguaje y la Sensibilidad como punto de partida.

«Más allá del Muro» es una dispersión de sueños tendentes a la unidad, en donde cada cuento constituye un

potencial de comunicación cuya finalidad última es el lenguaje por el lenguaje, o, dicho de otra manera, sacrificio de la acción y el guión Hollywoodiense en aras del mensaje soñado. Los cuentos, sucediéndose en visiones proyectadas a lo interior, son el insignificante resplandor de una estrella fugaz en la inmensidad promiscua del Universo: maquillaje para la ficción, tema excéntrico de sueños surgidos para el olvido, tan reales como el recuerdo de un día acaecido hace tiempo, poseedores de una conciencia propia en la cual no se distingue nada sino es la seguridad de haber transcurrido categóricamente, inútilmente. Literatura de consumo nacida de un intento anticonsu-místico.

«Más allá del Muro» o, aún mejor, «Al otro lado del Muro» hace abstracción de cuanto nos resulta fácil de admitir: es duro vivir («duele vivir», que diría Fernando Pessoa). «Al otro lado del muro» ha querido viajar al Santuario prohibido, y lo ha conseguido, ha llegado al final de su viaje... y se ha quedado allí para siempre, porque no supo — o no quiso— encontrar el camino de vuelta.

EL SOL Y LA PLAYA

El sol había comenzado a proyectar sus primeras luces sobre el agua. Los reflejos, mezclados con algas parduscas y alguna otra medusa, se estremecían bajo los madrugadores rayos de la mañana. En la bahía parecían escucharse canciones de pirata y, en medio de la voluntad adormilada del instante, los primeros playeros yacían en la arena inmóviles como rocas, bajo un azul que desplegaba una bandera cada vez más y más extensa en el cielo.

Tumbados en la playa, pensaban en cosas imposibles. Una impertinente radio se unía al incesante murmullo de las olas, mientras en la orilla el fluido de la vida corría entre diminutos montículos de arena —riachuelos cuyo único fin debía de estar en sí mismos.

Entre los bañistas se respiraba un aire de confianza, de participación fatal en alguna suerte de evasión que nos incluía a todos. Aunque en el fondo sólo éramos como salpicaduras de soledad en la arena. Esa arena que se recreaba diciéndonos «escondo de la brisa profunda secretos de la vida». La soledad cerca al playero que con los ojos entreabiertos observa la orilla partir y regresar de nuevo.

Una palabra empapada y los gritos de las gaviotas. Desde la orilla, el murmullo errante de la prolongación, con esas pequeñas olas que terminan siempre por volver. Cubos, palas y rastrillos: artesanía rematada por las mareas.

No se puede pedir más. El día transcurriendo lenta, pesadamente en el verano... más parecido a un sueño que a

una existencia. Sobre todo aquí, en la playa, donde la única violencia es este «estar» tumbado, inmóviles en una muerte cuya resurrección es segura y a propia voluntad.

Hasta que abres los ojos y piensas «¡Ojalá llegue pronto la noche!». E incorporándote a medias, recostado sobre un codo y protegiéndote los ojos del sol con la mano a modo de visera, comprendes que es inútil resistirse al calor. Y decides casi sin pensarlo volver a tumbarte y hundirte en la nada caliente, el estado anónimo del que yace dormido.

SOL

El sol resplandece en mi cansancio. El sol es un diablo desnudo y bajo él, todos nos estremecemos. Reflejos de carne en la playa, reflejos de algas mezclados con deseos. El sol, un sueño que huye. Sobre el agua canciones de pirata. Y en medio de la voluntad adormilada, emociones sin huella, inmóviles como las rocas. Tumbado en la arena, pienso en cosas imposibles. El color azul despliega su bandera en la amplitud del cielo. De los cuerpos tendidos un murmullo oculto, deseos estériles, el cansancio que ya nunca habrá de abandonarme...

El fluido de la vida corre entre montes enanos de arena, riachuelos cuyo único deber está en si mismos. Son muchos, y tan solos. Entre los bañistas se respira un aire de confianza —es la evasión mutua, que nos incluye a todos.

Salpicaduras de soledad tumbadas en la arena. La arena se recrea diciéndonos: tengo de la brisa profunda secretos de la vida. A pesar de todo, una soledad brutal me aísla. Con los ojos entreabiertos observo la orilla que parte y regresa de nuevo. El cuerpo despierta confundido a la luz del gran sol. Lacrar con un beso de arena todos los labios dormidos de la playa.

Una palabra empapada y los gritos de las gaviotas. Desde las olas, el murmullo errante de la prolongación. Cubos y palas: artesanía rematada por las mareas.

Sobra embriaguez. Sonrisas idénticas que se suicidan en el mar. Un gesto erróneo. Apenas podría exigir nada. El

día que transcurre es alucinación. Pienso con los brazos extendidos. Pienso en las criaturas que hasta ahora caminaron conmigo. El verano dialoga con lo que ayer fui. El verano sueña que yo existo. Pepe, Licenciado en Químicas y Peruano, sueña en los cimiterios de París. No lo conocí. Aquí, en la playa, es como si lo hubiera conocido. Soy un buitre viviendo de lo ajeno.

La única violencia es estar tumbado. Igual podría mi cuerpo iniciarse en la putrefacción. Tal vez en esto consiste la tortura de la muerte: inmovilidad absoluta, infinitud del sueño, estado anónimo del que yace dormido.

Al fin, la banalidad del sol desaparece. Despierto sosegado. El mundo, pienso, es una grosería. Miro alrededor. En seguida, la noche colectiva vendrá a sucedernos.

TUTIFRUTI DE GALIMATIAS MATOPARDO

Pueblo de Euskal Medía, senarcuatos y autoritas, parlatarios y euronautas, cilindrados y abangoardados: es multiforme y cornosapio, consecuenziado en derecho degeneracional, que, y tan copiosos avengos, que, desechos, que, podrían resultarnos de emonumental interés y, lujumbia! digo, que, arrosariado pues «ni atardece cuando anochece...». Espetérides... sí pero sobre todo lujumbia, mucha lujumbia. Y en caso necesario, pesticidas de primera calidad —¡ese label es del menda!—. Abrebio, y sobre todo, lo del consecuenziado. Es importante. Acucias? Bien, a pesar del desforme y de la salvaguardia y ¡lujumbias!, digo, porque si no luego uno acaba de puchinga y derrengas, que, problemas... Pentecostés, que, además, se precisa de translator para que bustimize la anti-rochê del señor. Abstenencia de curiosidades. Por lo demás, lujumbias!, que, en emonumental siempre, siempre se agradecen (escorbuto a la Navarra, versión estilista).

Es como una escochera impregllena de granullados. Ulertizas? Martiriámame hoy, día de la patria grande. Eso es que y, lujumbias!, un escorbuto en el dedaño... «¡Hay que rigurizarlo como sea!». «¡Que se antrope la canalla!». Dios, cómo chillan todos por un mísero escorbuto en el dedaño. Uno es canallado y ha visto tantos, y tan escortizados...!

Mira, me defollo un instante y ahora envuelvo. Sí,

vaya. Que tengo en la mendolla la crianza de una nueva dialecta, para alegría del señor Cârretèr, que le va a emperrar la gata y una gôta del canelo. «Señores, soy un pobre cendollo», le diré, «en esta negra Euskal Medía —y no sé por qué carajos te abolengo el renombrado».

Permenencias todavía ahí, marciano? Fenomenalmente. Adeñilante y superponente que, lujumbias!, un aldicho, que por algo dirimidan primeros basamientos del segundo lengûo del futura, y enprimero after del inglés. Te lo argidizo en dos berbas, jatorrón/a. Recordás una quichabamba grande y de ojos pardos, abigarrados, que solía andar siempre así, como empabotada y arrastradiza, con una mirada secular y bustiamante? Bueno, pues fue mi matermenta arrigurosis. Ella me iraquastizó casi todo lo que dakizkizo. Y cansado de tanta soledad y bakartamiento, pues he decidido enseñáros la cosita... Es así, chiquita y ponita y ¡cuántas emenipérides desabrocha de un mortajo!

Esto, tío, voy y lo grabo.

SIN TITULO

Hablar del ser y de la sublevación conlleva la adopción de una actitud racionalista que a su vez, previamente y sin razonamiento alguno —y a pesar de estar siempre abocado a la ilusión de la literatura— alcanza de algún modo esa violencia que exige la terminología de los universales.

De acuerdo. Al intelectual le gusta agarrarse a conclusiones. También es cierto que los vínculos, especialmente aquellos que existen como parte de la sinrazón, son parte de la pasión que lleva al arte a su propio motivo de creación.

Toda idea importante depende de la productividad de una nación importante. Esto, como es obvio, puede ser considerado una estupidez del tamaño de un casa. Sin embargo, alguien habría habido dispuesto a «tragársela». Y esto es lo que yo denunció: la ingenuidad de todos. La baratura de los ideales, la sumisión del espíritu a cambio de una idea equivocada e, incluso, esa acumulación de «subcultura», ruina de la felicidad y objeto de erotismo del artista.

La debilidad de la cultura, y en especial de la filosofía, queda en evidencia en estos tiempos. Y es curioso, que cuanto más bajo han caído las artes y las letras, más bajo ha caído también el ser humano. Conclusión: la ciencia nos

eleva... hacia el fondo del precipicio. Es como subir a partir de una ilusión óptica. Lo dije en un artículo: arrojamos a los enemigos —aquellos que el poder nos indica como tales— al circo de las fieras, y rodamos en vídeo las imágenes que enseñaremos a nuestros amigos. Ese es el avance de la civilización. La técnica que capta el recuerdo... y que endurece el «alma».

SUEÑO Y DESPERTAR

Serían aproximadamente las cinco de la mañana cuando Luis se despertó sobresaltado. Estaba empapado en sudor. Sacudió la cabeza tratando de ahuyentar y al mismo tiempo retener la pesadilla que lo había despertado. Un rayo de luz artificial cuyo origen era una farola de la calle rasgaba la oscuridad de la pieza.

Luis permaneció semirrecostado en la cama, jadeante, esforzándose por situarse en aquella realidad de penumbras. Y permaneció así durante unos segundos que parecieron ser interminables. Luego dejó de tener miedo y volvió otra vez a tumbarse. Y el sueño nuevamente se introdujo en sus ojos, poco a poco, hasta que cayó dormido.

La cortina de la ventana se movía ligeramente, empujada por un viento suave y cálido. En verano siempre dejaba la ventana un poco abierta.

A la mañana siguiente no recordó la pesadilla que lo había despertado la noche anterior. Estaba afeitándose, y sus ojos sólo miraban los ojos del espejo. Le pareció extraño, su rostro, el rostro medio afeitado. Pero se encogió de hombros. Tenía demasiados problemas como para empezar a preocuparse de su «rostro». En realidad, fue una sensación de asombro hacia sí mismo la que le había producido esa extrañeza.

—¡Vaya! —exclamó contrariado al sentir el arañazo de la cuchilla.

Un hilillo de sangre surgió rápido como si buscara un

mar imaginario. Luis se lavó la cara varias veces con especial ansia. La sangre no le desagradaba más de lo razonable, pero podía ensuciar su camisa recién lavada. Cortó un trozo de papel higiénico y lo puso en la herida a fin de detener la hemorragia. Luego, con el papel adherido a la mejilla, se dirigió al balcón y echó un vistazo al día.

—Perfecto —murmuró ante el espléndido sol que brillaba afuera, en el jardín.

El microondas le avisó con tres pitidos largos de que el café estaba ya caliente. Sin embargo, permaneció durante unos segundos mirando hacia unas flores de colores que él mismo había plantado pero cuyo nombre no lograba recordar nunca. Las flores bailaban inclinadas bajo su peso y mecidas por el mismo viento de la noche, que continuaba sin cambiar.

En aquél instante vio salir de su casa a María, su vecina. Cruzó la verja del jardín sin levantar siquiera la mirada.

De improviso, Luis creyó oír una voz que le decía:

—¿Qué estás haciendo con tu vida?

Tal vez fuera la conciencia, arribada desde algún lugar para advertirle de que sólo era dueño de una vida y que por tanto no debía desperdiciarla en aquella inercia que lo dominaba.

Cabeceó tratando de librarse de unos pensamientos que no le parecían suyos, y que además se contradecían con el maravilloso sol que brillaba en el jardín, colgado de un cielo tan azul que dañaba a los ojos.

IMPOSIBLE

Eran las doce de la noche y Yulen no conseguía concentrarse en nada que mereciera la pena. Había intentado en vano continuar con la lectura del libro; luego probó con el video-homenaje a Fellini, nada tampoco; y por último, trató sin conseguirlo de interesarse con el programa de televisión al que su esposa se hallaba «conectada».

—Imposible... —se dijo. Y salió al balcón a fumar un puro tamaño de cigarrillo.

La ciudad quedaba oculta por las menudas colinas del paisaje, aunque el resplandor de las calles iluminadas asomaba pálido sobre ellas.

Yulen sintió nostalgia de la urbe. Hubiera querido ser unos años más joven para lanzarse a las calles aun cuando sólo fuera para obtener una borrachera más. Pero ahora debía contentarse con observar el paisaje oscuro únicamente roto por el débil resplandor.

Aspiró del puro y soltó el humo sin llegar a tragarlo. Un coche iluminó por un instante la calle y luego se desvaneció como si nunca hubiera existido.

Yulen miró la hora en su nuevo reloj de setecientas ochenta pesetas y vio que eran las doce de la noche. Se pasó la mano por la frente, cansado de la tensión del día.

Con gusto hubiera propuesto a su mujer ir a la cama y hacer una «juerga». Pero hacía semanas, tal vez meses, que no conseguía interesarse por el tema. Su sexualidad se encaminaba hacia el placer, mientras que la de Garbiñe, así se llamaba su esposa, se hallaba enfocada hacia la maternidad,

dos posturas hasta cierto punto antagónicas, y razón por la que ni uno ni otro lograban encajarse sexualmente.

Por otro lado, mientras que la sexualidad de Yulen era dada a las fantasías, la de Garbiñe tomaba el sentido contrario, es decir, el de la realidad impuesta por la Naturaleza —esa implacable e impertinente Sabia—. De hecho, Yulen vivía la sexualidad tal y como había vivido siempre su propia existencia: de un modo irreal y quimérico, casi podría decirse que de un modo literario, consecuencia natural de sus gustos y actitudes; sin embargo, Garbiñe, con un bagaje cultural inferior al de Yulen y, por tanto, peor preparada para romper con los esquemas maternalistas en los y para los que había sido educada, no era capaz de ofrecer ni de ofrecerse una sexualidad más abierta al «placer por el placer». El resultado, claro está, era una frustración por partida doble que Yulen podía comprender ya que era capaz de racionalizarla y explicar así sus causas, cosa que no le era posible a Garbiñe de quien una profunda tristeza se iba adueñando sin llegar a saber la razón de ello.

Por último, la pasión de Yulen por la lectura y el saber en general, no sólo no habían disminuido con el paso de los años, sino que, por el contrario, se le habían ido acrecentando, con lo que las distancias entre uno y otro se fueron haciendo cada día más grandes y, consecuencia de ello, la incomunicación entre ambos más patética y evidente según el tiempo transcurría.

Dio una última calada a la teba del cigarro, que le quemó los labios, y tras asegurarse que no caería sobre el techo de ningún coche, la arrojó al vacío con un impulso rápido y veloz.

La teba trazó una elipse que le pareció cuanto menos enigmática y luego estalló en diminutos puntitos rojos que enseguida se extinguieron sobre la calzada de brea negra.

La noche se hizo un poco más oscura y el brillo de las luces de ciudad un poco más intenso y claro. Los imponentes arcos habían comenzado a perder sus hojas y amarilleaban como testigos resignados. Una racha de viento frío, mensajera del próximo invierno, apresuró a Yulen al interior del hogar, no sin que antes murmurara:

—Imposible...

CUENTO IRRESOLUTO

(viene de continuación)

Fiel admirador del método cartesiano, cerró la puerta y dio un par de vueltas a la llave. Antes de abandonar el portal se sacudió los pies en la esterilla, acto irreflexivo que no obtuvo el V.º B.º de Monsieur le Gerente del Portal, un portero de mirada rencorosa.

Antes de arrugarla y echarla al cesto, lanzó un ojo a la propaganda antiporno de lo social —le ponía cachondo.

Al llegar a la esquina puso cara de inocente. Sirenas. Se echó un pedo por si acaso y preparó el *carpet*. Pero no hizo falta. «Llevarían prisa por llegar al Ostial» se dijo. Y buscó un buzón para echar la carta.

Encontró uno.

«¿A dónde vamos?» preguntó ella mientras él luchaba con aquél buzón que intentaba comérsele una mano. ¡Joder! ¿Se habrá escapado el perro de la carta? Por si acaso coceó un par de veces el metal. Para que le retumbara.

Pensó en sus calzoncillos recién estrenados y se sintió casi feliz. Eructó y le supo a patata poco hecha.

No importa, se dijo, los coños de hormiga ayudarán a olvidar. Y si no que sean bocatas de calamar. Cien pelus: siglos de gloria nacional.

Llevaba un trote marchoso que le extrañaba.

Miró desafiante a un colega que hurgaba en la propiedad de unas basuras. ¡Ese uranio es del menda! se dispuso

a gritar. Pero se contuvo al percatarse de un Ostial a la deriva. A punto estuvo de entrar y avisarles del pobre perro atrapado en el buzón. Sin embargo, se contentó con rascarse los cojones. La colaboración ciudadana tiene sus límites. Ké koño!.

La calle parecía un taller de marroquinería. ¿Qué será ser moro? Como tenía hambre, dejó a su estómago el deber de la respuesta. Le sirvió de poco.

Pellizcó a la dedoenfermo y le repasó el cuello con la lengua. Se rieron.

Llegaron por fin al restaurante y: ¡oh, no! *Cerrado por cese de gobierno*. Intentó estragularse, con tan poco empeño, que no lo consiguió. Pero siguió intentándolo con el pescuezo de ella.

Resignación. Otro día será. Hogeí duroko kalama-reak agian!

LAS PALABRAS

(I)

Formular de nuevo la palabra y estancarse en ella. Sentir la sonoridad de las sílabas acariciando mis oídos. Y por último pensar que mañana seguirán estando ahí, las palabras.

No desaparecen nunca, simplemente pierden su sentido y se desmaterializan. Pero continúan. Aunque sólo sea para dejar evidencia de un rastro, una respiración, alguien que se extinguió. Probablemente un ser. Una protesta continuada en un grito.

Hay tantas cosas. Basta con buscar donde nunca miramos. En el basurero de la mente donde yacen los sueños que aborrecen las palabras porque en ellas se pierden, aligeran. Ellos, los sueños, prefieren las imágenes claras. Un grito de terror se puede describir, pero es mejor oírlo, dicen. Y no se equivocan. Nada es tan real como los sueños, es decir, nada es tan «sueño» como la realidad. Podría expresarme como hace tres o cuatro siglos ya lo hizo alguien, un hombre del teatro (¡en aquella época no conocían a Orson Welles!). Pero sería acusado de plagista. Y una acusación es siempre dolorosa. Rechazo cuanto no sirva para crear.

A pesar de que no olvido los veinte mil millones de años que me aguardan. Y entonces pienso que podría ser cualquiera, que no tiene importancia haber sido un criminal o un hombre justo. Veinte mil años acaban con toda cordillera,

océano, volcán. Y el mundo de las ideas no es ajeno al tiempo ni a uno mismo. Palabras que se amontonan son los años transcurridos en ardua creación, acariciando una obsesión enfermiza cada día más fuerte —la vejez y la muerte, cuando se anuncian—. Cosas contra las que no se puede hacer nada. Un derrotismo fatal y banal. No porque uno se considere derrotado, sino porque veinte mil años muestran una línea demasiado larga. Tan larga, que las reflexiones lo acaparan todo. Y sientes que no deseas estar roto por dentro a cada minuto.

La injusticia es el cáncer incurable y yo el enfermo consciente de su situación. ¿Comprendéis por qué no quiero hablar del cáncer? Pero el verdadero terror comienza cuando no sabes cómo vas a morir. Lo peor no es extinguirse, sino *cómo* sucederá. ¿Caeré en manos de un militar cruel con permiso legislativo para todo?

No saber duele. Es por eso que la raza humana se afana de ese modo. Quiere saber cuándo, cómo y por qué. O, en el peor de los casos, insinúa a su vecino que conoce el cómo, el cuándo y el por qué. Relación de poder. Si me adoras te ayudo. Y si no puedo matarte, me ilumino.

Es el caso de los antiabortistas americanos, que respetan al feto para luego poder matarlo ellos mismos con sus propias manos al cabo de unos años, y no sin que antes lo hayan hecho sufrir porque era negro, chicano, pobre o fracasado (nada habría ocurrido si su madre no hubiera follado fuera de la gracia de Dios). Pero América se lo ha buscado. Y quien se deja gobernar por el Dr. No, es justo que la pague.

El recuerdo de un hombre que conocí y ya murió

asoma de algún sitio sonriendo, con su largo puro. Y el de ese otro también, sonriendo con picardía. Tal vez con un cierto despecho por no haber sabido que se estaban muriendo y en consecuencia no haberlos tratado con una consideración especial. Deberíamos tratar a todo el mundo como si supiéramos que se hallan al borde de una enfermedad terminal. También al mundo deberíamos tratarlo de igual manera: un poco de bondad no hace mal a nadie, excepto a los verdugos.

En la noche, un caballo aparece en la niebla que cubre el valle. Mi amigo y yo sabemos que son las brujas, «sorginak», que se disfrazan para escapar así de la fe que las persigue. Luego, damos con un puente arrastrado por las inundaciones. Pero entre los restos conseguimos vadear el río. Y atravesamos todos los túneles hasta llegar a la Ciudad Perdida, en donde el silencio sale a recibirnos y el miedo nos vigila con su traje verde. «Hasta pronto» saludo al compañero que se pierde en la noche. Y un tronar de coches estancados me responde. Es Madrid, el mayor cementerio de coches del mundo. Fin de viaje.

II

Las palabras son similares a las personas: con el uso se desgastan. Y al desgastarse, se vacían, pierden su auténtico significado y caen en el olvido o, aún peor, en el ridículo. Y esta similitud entre hombre y palabra es tan carnal que el uno no podría vivir sin el otro. Porque la humanidad está constituida de palabras. Y cuanto más escarbamos en ellas, en las palabras, más creemos llegar al fondo del ser humano,

y conocerlo, para acabar al poco tiempo admitiendo lo ingenuo de la empresa, ya que las palabras son infinitas como el tiempo futuro —mientras que el Hombre es finito como el tiempo pasado, aunque con proyección de futuro.

Nos gusta charlar. Nos horroriza la idea del silencio, es decir, la ausencia de palabras. Nos hacen falta. En el pensamiento, restallando en el cerebro físico-químico o deslizándose suaves fuera de nosotros. No importa bajo qué forma. Cualquier excusa es válida. Tal vez en la muerte no nos abandonen. Sobre todo a quienes no creemos, puesto que quien no cree en Dios sólo puede creer en la palabra, es decir, algo que «es» bajo forma incorpórea (¿qué hay más parecido a la vida eterna?) Además, todas las claves se dan en ellas.

Existe un vocablo incluso para lo que no existe. Pero admito que hay una fuerza mayor. Es la fuerza que crea la palabra. Una fuerza infinita que intuye los significados primero y a continuación los viste con un término. Y es demócrata hasta el tuétano: puedes dar a una palabra la interpretación que desees (si es preciso, puedes también inventar una nueva o renegar del anterior significado).

Entre los hombres vivos algunas palabras están muertas; entre los hombres muertos quizá todas las palabras estén vivas. A veces, se contentan con permanecer. Yo también me contentaría si permanecieran para siempre conmigo. Y es por ello que lucho, todos los días de mi vida lucho para retenerlas, darles forma, tratar de comprenderlas. Y mientras como, hago la cama, sorbo el café... estoy siempre pensando en ellas. Y en ocasiones incluso les echo en cara la frustración de cada día, todo lo fallado, toda la

desposesión. Tengo la impresión de que las trato como si fueran seres vivos. Y en el fondo, me pregunto si no son en realidad extraños animales aún por descubrir.

Tal vez el origen de todo se halle en la palabra. ¿No fue la Biblia la que, transcribiendo la palabra de Dios, dijo «Y el Verbo se hizo carne»? O esos judíos eran muy listos o yo excesivamente desconfiado. No importa. Elegiré siempre aquello que me ofrezca más poesía. Por ejemplo, un diccionario. Okey?

III

Van y vuelven. Proclaman un instante vulgar dándole categoría de hecho histórico. Están fuera del tiempo, fuera de nuestro pensamiento y, afortunadamente, fuera de todo concepto o prejuicio. A veces, es suficiente la mera intuición para adivinarlas al margen de las definiciones. Constituyen el idioma, es decir, la cultura, es decir, la guerra, es decir: lo justifican todo.

Han llenado billones, trillones de páginas impresas. Todo lo que sabemos se transmite por ellas. Han sido tantas páginas, que han alcanzado la eternidad materializada. Lo cual constituye la prueba irrefutable de la in-eternidad: que no podamos contar las páginas, no significa que no alcancen un número máximo determinado.

Sin embargo, aún en este caso, lo no-eterno no son ellas, las palabras, sino su proyección exterior: el impreso. De ello se colige que las palabras participan igualmente de lo divino: el Universo sabemos que es finito, pero quien lo creó tendemos a pensarlo como un algo infinito (Dios).

Y a pesar de todo, incluso su aspecto material, el impreso, adquiere proyección de infinito al igual que sucede con el creador del fantasmal universo (¿existe de veras?).

El Bromista Inacabable.

IV

Un remolino de tinta mancha las hojas que el viento hace bailar. Y en ellas se anotan, una tras otra infatigables, con el empeño infantil del ser humano, las misteriosas palabras.

Rasga la noche la punta de una pluma que araña, jovial, en el papel: es el ángel expulsado a los infiernos, que escribe sus memorias. Y maldice a cada instante porque piensa con palabras cuya vida es producto de aquél Otro (¡el Triunfador!). Hasta ese punto es preso de su odio. Y en el alivio de la transformación verbal, siente que el peso del castigo es liviano en comparación con la inmensa realidad de sus palabras. Y duda si el infierno no es acaso una ilusión creada a partir de ellas, y el castigo «una fantasía más».

En cualquier caso le quedan los azufres y la hiel con la que cerrará el último capítulo, mientras en la Tierra el corazón de los Hombres se desploma en un acto de silencio que invoca, desde el lugar donde no quieren existir, a las palabras. Palabras mudas y literales que apagarán el fuego de los seres que se dicen humanos. Un volcán escupe fuego en diez idiomas. Los Idiomas caen al suelo donde transforman la roca y, así, hasta que la luna caiga.

Escribieron las palabras un nombre: el suyo propio. Luego, no hubo nada. Sólo reminiscencias y una senda que guiaba al extravío. Luego, no hubo nada. Las amistades

desaparecieron, mientras los recuerdos se convertían en crueles alfileres hincándose brutales en el corazón grueso y blando de la palabra. Luego no hubo nada. Quedó la sensación de haber transcurrido hacia el presente, futuro del pasado. Y un lugar hacia el que regresar. La Bolsa Azul repleta de palabras, el Vertedero de Términos confiados al reciclaje de sí mismos y El Punto Final (con la esperanza de no haberlo decidido demasiado tarde).

Luego, no hubo nada.

DECLARACIONES DE UN AGRESOR

(Un cuento extraño)¹

[...] sin embargo, ello no quiere decir que haya por qué caer en una idealización de la mujer, ni hay tampoco razón alguna para dar por buena toda expresión llegada del frente feminista.

Y tomando como punto de partida la violencia sexual, trataré de ello a lo largo de esta declaración voluntaria. No voy a hacer apología de la mujer [...] en primer lugar, porque son las propias mujeres las que se encargan de hacer apología de sí mismas (por cierto, que hay

¹ «Declaraciones de un Agresor» es un cuento duro, morboso, injusto, irrespetuoso y, en definitiva, propio de un agresor que desesperadamente trata de encontrar una justificación para un acto, de por sí, difícilmente justificable. Sin embargo, estamos ante un agresor de una determinada cultura e inteligencia, es decir, no es un hombre vulgar que se justifica con la tópica grosería de «la culpa la tienen esas putas». Nuestro agresor en cuestión realiza una crítica de la mujer que, aunque en ocasiones resulta razonable y verdadera, a pesar de todo, es más que nada «eficaz». Lo es en el sentido de que sirve para lo que en el fondo es: una justificación, no ya ante la sociedad, sino ante sí mismo. Es el diablo expulsado a los infiernos tratando de hallar una buena razón que explique su infortunio, su situación actual, sus remordimientos. Un diablo inteligente, que observa detenidamente la situación y, aprovechándose de los puntos flacos, de la «cojera» inherente a todo individuo, ideología o movimiento social —en este caso, el de la mujer y su liberación y lucha por la igualdad—, se ceba en ellos para, de este modo, tratar de quitarse de encima una responsabilidad que, a fin de cuentas, le viene demasiado grande —¡a quién no!—. Es el agresor que lucha por convertirse en víctima. Y lucha de un modo tal, que hay un momento en el que no sabemos exactamente si nos hallamos ante un culpable, ante una víctima, ante una víctima-culpable, ante un cínico, ante un loco, ante un cobarde o ante un héroe. Probablemente sea un poco de todo, ya que, a fin de cuentas, el ser humano está hecho de una pasta muy especial, de azúcar y de sal, de canela y pimienta, de fresa y limón. Hay algo del Ángel Caído que nos infunde amor y conmiseración... tanto como rechazo y repulsión. El destino carnal del ser humano

que destacar el extraordinario narcisismo del que suelen hacer gala algunas de ellas), y en segundo lugar, porque a nadie le gusta ver revolotear a su alrededor la fastidiosa sombra del adulator.

[...] me ciño al tema de modo crítico y con ánimo de [...].

Son frecuentes en los periódicos las noticias acerca de violaciones y agresiones sexuales contra mujeres. Hasta ahora, las principales medidas que se han adaptado en contra de tales hechos son las que afectan al código penal, habiéndose endurecido de modo ostensible las penas por violación. Ahora bien, es ésta una medida que castiga el delito una vez realizado pero que, por tanto, no lo evita. La mujer que ha sido violada, tanto si el violador es castigado como si no lo es, no puede «borrar» del pasado un acto que en sí está ya consumado. Resumiendo: ¿en vez de pensar únicamente en el castigo que debe dársele a la violación y/o agresión, por qué no mostrar una preocupación mayor si cabe por erradicarla?

Y es aquí cuando comienzan los problemas. Porque es aquí cuando nos topamos con la realidad de una sociedad que la hemos creado todos, absolutamente todos, Hombres y Mujeres, durante decenas de años, siglo a siglo. No admito en modo alguno la actitud de determinados colectivos feministas que repudian esta sociedad «creada por el hombre», cuando en realidad lo que hacen es inhibirse de la responsabilidad y sentido de culpa inherentes a todos aquellos que formamos esta sociedad, sin distinción de sexos.

Cuando en una sociedad existe un alto índice de robos, ello indica que la riqueza de esa sociedad está mal

repartida, que una minoría tiene mucho y una mayoría vive en términos de pobreza (también podrían argüirse razones culturales y de valores ligadas al consumismo, etc...). En suma, en esa sociedad «hay algo que no marcha», y fiel reflejo de ello, se presenta una elevada tasa de delincuencia.

Pues bien, en el caso de las violaciones ocurre otro tanto. Se producen porque «algo no marcha» en esa sociedad, y ese algo que no marcha está ligado a la sexualidad y al concepto y cultura sexual de esa sociedad. Y así como el endurecimiento del código penal que castiga los hurtos no soluciona el problema, sino que lo reprime, tampoco creo que en el caso de las violaciones vaya a solucionarlo. Por el contrario, puede llegar a agravarlo. De hecho, si un violador estima que el castigo a su acto puede ser igual o similar tanto si deja a la víctima viva como si la mata (a fin de cuentas, sin el testimonio de la víctima tal vez nadie pueda acusarlo), en ese caso, no sólo se le abre una puerta a la criminalidad, sino que se le empuja a atravesarla.

Pero, ¿qué es lo que no funciona bien en nuestra sociedad en lo que se refiere al sexo? Y vuelvo a repetirlo: los problemas de la sociedad actual afectan tanto a hombres como a mujeres. Y en ellos y ellas se encuentra, no sólo la solución a esos problemas, sino también el origen de los mismos.

No soy sexólogo, ni psiquiatra, ni juez. Simplemente reflexiono acerca de los diferentes problemas que se dan en mi sociedad y tomo partido ante ellos.

Es curioso. Si un joven, una noche de viernes o sábado, propusiera de buenas maneras a diez jóvenes desconocidas pasar la noche juntos, lo más probable es que

obtuviera diez calabazas más grandes que las de la carroza de la Cenicienta. Sin embargo, si una joven, una noche de viernes o sábado, propusiera de buenas maneras a diez jóvenes desconocidos pasar la noche juntos, seguro que obtendría diez jubilosos «sí, quiero».

Al margen del toque humorístico, una cosa es evidente: el hombre y la mujer adoptan ante el sexo una actitud muy diferente. Y estoy convencido de que la principal solución al problema de las agresiones sexuales debería ser enfocada a partir del estudio de la actitud que, genéricamente y en la actualidad, cada sexo adopta ante la sexualidad.

Y es aquí cuando comienzan los «problemas». Porque tener una actitud u otra hacia el sexo no es una cuestión de mera voluntad, no es decir «Pues yo, de ahora en adelante, voy a tener esta actitud», sino que es una cuestión de educación en la que intervienen muchos y poderosos factores. La actitud ante el sexo de una mujer islámica no es la misma que la de una mujer cristiana occidental. Y del mismo modo, la actitud ante el sexo de una mujer adscrita al Opus Dei (el acto sexual va ligado indefectiblemente al acto reproductivo que la convertirá en madre, quedando descartado el placer como objetivo único del acto) no es la misma que la de una joven mujer neoyorkina o parisina adscrita al club del «bon plaisir».

Poniendo el dedo en la llaga, quiero decir que «cambiar la actitud sexual de las personas implica cambiar los valores culturales y religiosos de la sociedad en la que viven esas personas. Lo cual implica a su vez un cambio de los valores culturales y religiosos que inciden y trastocan incluso los propios órganos de poder, tanto a nivel político como

económico y social, de dicha sociedad».

La pregunta que viene ahora es obligada: ¿quién pone el cascabel al gato?

De los medios de comunicación no me fiaría demasiado. Al menos, parecen mostrar una morbosa preocupación hacia la agresión sexual, difundiendo a los cuatro vientos una noticia que aumentará considerablemente el porcentaje de audiencia. Amén de los fines electoralistas ligados al voto de la mujer (no hay absolutamente ningún medio de comunicación que se libere de ello, tanto si son de talante liberal, radical, intelectual, de derechas, abertzales, anti-abertzales... Todos utilizan el tema de las agresiones a fin de atraer el voto de la mujer que, numéricamente, tan importante es).

De organizaciones creadas para la mujer, como es el caso de ***, [...] cabría esperar más. De hecho, el endurecimiento del código penal y el castigo más duro posible al agresor es el principal discurso que han hecho llegar a la sociedad, olvidando que el castigo penal se ha creado con la esperanza de regenerar al individuo, y no de aniquilarlo. Y todo ello sin contar con colectivos feministas radicales de extrema derecha para los que la palabra «femichismo», en contraposición a la palabra «machismo», sería un excelente calificativo.

Dicen las mujeres, que hay que ser mujer para comprender al cien por cien la humillación y el dolor que conlleva la agresión. Sin embargo, nuestra sociedad, [...] no es precisamente un «modelo de virtudes» de quien el joven agresor en potencia pueda sacar un prototipo de conducta a seguir. De hecho, el proceso de envilecimiento que lleva a un

hombre bueno y normal a convertirse en un delincuente dispuesto a cometer una agresión sexual, es un proceso lento y agónico, marcado también por el dolor y la humillación.

No pretendo excusar al violador [...], simplemente quiero darle una proyección de ser humano. No es un perro, ni es —en todos los casos al menos— un enfermo mental, ni una basura humana al que conviene «curar» a base de electroshocks. No es peor que la ministra del Interior del Gobierno de Turkía, sobre cuya conciencia pesan miles de asesinatos y atrocidades cometidas sobre hombres, mujeres y niños del pueblo Kurdo. No es un héroe precisamente, pero no es peor que la médico que actuaba en los interrogatorios de los tristemente Desaparecidos argentinos. Y si comparamos la agresión realizada por un joven en estado de ebriedad, con las violaciones perpetradas contra los derechos humanos en Bosnia, Txetxenia, Nicaragua, Argentina, Chile, Africa, nuestra propia tierra etc. etc. etc., en ese caso, tengo la impresión de que estamos cebándonos en cuatro abandonados de la fortuna para hacerles pagar por toda nuestra cobardía y, tal vez, exorcizarla a su costa. En el fondo, creo que no es peor que tú ni que yo. Todos somos culpables de los crímenes más horrendos. Y sobre todo, del más nauseabundo de todos: el de la indiferencia.

Por otro lado, hay dos tipos de violador que poco en común tienen entre sí.

El primero de ellos responde a lo que podríamos llamar el «violador profesional». Es el agresor más peligroso. Se toma las cosas sin prisa, eligiendo primero una víctima y a continuación trazando un plan más o menos meticuloso. Realizada la primera violación acostumbra a reincidir, y en

cada acto delictivo adquiere más seguridad y audacia. Hasta que son atrapados por la policía, pueden llegar a cometer gran número de violaciones. Además de constituir el tipo de violador más peligroso por el carácter premeditado de cada uno de sus asaltos, responde a una psicología enfermiza clasificable dentro de las psicopatías [...], aunque no toda persona que realiza una violación premeditada es un enfermo psíquico [...].

Luego está la otra clase de violadores, clase que podríamos llamar la de los «agresores de casualidad». Son por lo general bastante jóvenes. Actúan los viernes o sábado a la noche. Unas pocas horas antes de su acción, ni ellos mismos sabían lo que iba a suceder. No actúan con premeditación ni van a la búsqueda de una víctima. Bebieron como piratas y hacia las tres o cuatro de la mañana coincidieron con una mujer, probablemente también repleta de alcohol. No suelen consumir su acción, es decir, más que violaciones suelen protagonizar «agresiones sexuales» (término muy-muy amplio, demasiado amplio tal vez, puesto que un tocamiento o, incluso, unas palmadas en el trasero podría ser considerado como agresión sexual, y dependiendo de si la jueza —o juez— es del Opus Dei o si no lo es, imponer un castigo desmedido y desproporcionado). A la mañana siguiente, recuerdan atónitos lo sucedido durante la noche anterior. Su sentido de culpa y estupor son sinceros. Difícilmente llegarán a realizar de nuevo una acción semejante. No son psicópatas, ni sufren enfermedad psíquica alguna. No debieran ser juzgados con el mismo rasero que a los citados «violadores profesionales», ni ser castigados con penas excesivamente severas, a no ser que fueran

reincidentes, y en tal caso pasarían a formar parte del primer grupo.

He podido observar cómo gran número de mujeres «feministas radicales», culpan al hombre de todo aquello que sea negativo, mientras que guardan para sí la autoría de cuanto pueda tener connotaciones positivas. En realidad, lo que hacen es dar a sus frustraciones personales una proyección de problemática social. Es decir, vivencias trágicas y dolorosas que ellas, como seres individuales, han vivido, las trasladan al debate de la sociedad de su tiempo, pero en vez de adoptar la actitud del autor de teatro, es decir, la tercera persona omnipotente hacia sus personajes y destino de los mismos, continúan dentro de esos personajes, sin poder abandonarlos. Dicho de otro modo, no se ve igual un paisaje desde un avión que desde una banqueta. Y para juzgar a una sociedad, para criticarla y curarla de sus defectos, hay que tener visión de aviador/a.

La mujer y el hombre, especialmente la mujer joven y el hombre joven, debieran cambiar su actitud sexual. Y debieran hacerlo para en su lugar adoptar una actitud sexual que no fuese tan avara, puritana, egoísta, insolidaria, primitiva, miope, cristianoide, machista y femichista como lo ha sido hasta ahora.

La mujer, que en tantas cosas desea igualarse al hombre, debiera también ser igual en lo que respecta a su actitud sexual. Más arriba ponía el ejemplo del joven que una noche realiza proposiciones sexuales a diez desconocidas, y

todos sabemos cuál sería el resultado, y viceversa. Si consiguiéramos «igualar» el porcentaje, habríamos conseguido erradicar, poco más o menos que definitivamente, la agresión sexual, o al menos, reducirla drásticamente.

En cualquier caso, la mujer y el hombre joven deberían «igualar» su sexualidad. Deberían conseguir que su sexualidad fuera más espontánea, libre de inhibiciones, natural, desligada de «traumáticas maternidades».

Y si hago hincapié en «la mujer y el hombre joven», es porque la mujer y el hombre maduros, ya casados u organizados en torno a la unidad familiar, acostumbran a organizar su sexualidad dentro de una relación monoparental, la cual me parece muy bien, pues es con ella con la que también yo me siento identificado —aunque en el futuro las cosas pueden llegar a cambiar. Y mucho.

Hay, sin embargo, algunos hombres y mujeres que sólo quieren ser iguales en determinados aspectos. Pero para otros, prefieren seguir manteniendo su «desigualdad». Así, nos encontramos con muchas mujeres que no quieren cambiar su actitud sexual, ya que de ese modo consiguen un poder sobre el hombre al que no están dispuestas a renunciar. Esas mujeres exigen del hombre que renuncie al «machismo», pero sin ellas renunciar a su «femichismo». Y no sólo no renuncian a ello en el plano sexual, sino que ni siquiera lo llegan a hacer, completamente, en el plano social. De hecho, cuando algunas mujeres se imaginan a sí mismas ocupando un puesto laboral en nuestra sociedad, frecuentemente se imaginan haciéndolo como concejales, médicos, arquitectos, ministras, etc...

Por supuesto, el «femichismo» de la mujer no tiene tan sólo una vertiente sexual, de hecho es tan sólo «una» de sus vertientes. Por ejemplo, cuando hablo de la mujer femichista me refiero también —y sobre todo— a ese tipo de mujer (suman millones y millones en todo el planeta, especialmente del mundo llamado «civilizado») cuyo objetivo último y primordial en esta vida está dedicado a la «belleza corporal»: tratamientos estéticos, carísimas peluquerías semanales, pasarelas de moda, maquillajes, polvos maravillosos de rejuvenecimiento, vestuario de «ensueño»... En suma, el ser más egoísta y abstraído de este mundo. Le da igual todo. El mundo puede estallar en la miseria y en la injusticia. Si tiene bolso nuevo, zapatos de piel de cocodrilo, abrigo de armiño, y un par de pendientes nuevos de oro, será el ser más despampanantemente feliz del universo.

Es difícil ver a las mujeres luchando por un puesto de trabajo en el sector de la edificación, de la construcción de carreteras y autopistas, de barrenderas, de mecánicos en los garages de coches y camiones, en la siderurgia... No es fácil topárlas en esos oficios. Pero sí es fácil encontrarlas desempeñando la labor de médicos, abogadas, periodistas... ¿Más listas? No. Lo que ocurre es que muchas mujeres sin titulación prefieren ser amas de casa, antes que ser peón de la construcción. Por supuesto, todos sabemos las dificultades que entraña —desgraciadamente— para una mujer encontrar un puesto de trabajo en determinados sectores. Y es por ello que, a la hora de explicar dicha ausencia, ello también debe ser tenido en cuenta como causa importante de esa falta.

De todos modos, un gran número de mujeres sienten verdadero pavor al pensar que en el trabajo se les pudiera

romper una uña. Y renuncian a buscar siquiera trabajo en esos ramos. Porque hay una cosa bien clara: si la mujer hubiera puesto tanto tesón en trabajar de peones y de albañiles y fontaneros, como lo han puesto en trabajar de médicos y abogadas, hubieran también conseguido entrar en esos oficios. Pero no lo han hecho porque la mujer femichista es tremendamente interesada y egoísta: aquellas profesiones que les abren las puertas de la «alta burguesía», son por las que han luchado con verdadera pasión.

Por otra parte, a los hombres les ha llegado la hora de compartir las tareas del hogar —¡ya era hora!—. De acuerdo. No hay problema. Pero a las mujeres, creo, les ha llegado el turno de salir de sus casas, de salir a trabajar, de compartir absolutamente todos los oficios y profesiones. De ahora en adelante, también ellas construirán edificios de veinte pisos de altura, pasarán ocho horas al día debajo de los coches y de los camiones arreglando motores y carrocerías, trabajarán seis meses en la mar, construirán toda la red de autopistas y ferrocarril de una nación entera, barrerán las calles, cumplirán el servicio militar (mientras éste exista para los hombres), conducirán camiones durante ocho horas al día y pasarán lejos de sus casas veinte días al mes, trabajarán de comerciales «de a pie» y dedicarán la mayor parte de su tiempo viajando y visitando clientes, etc. etc. etc. Los hombres, pienso, estaban cansados. Cansados de tener que hacerlo todo. Absolutamente todo. Ya era hora que las mujeres «se revelaran» y salieran a la calle a trabajar. Ellas también tienen derecho a gobernar el país, y a ser médicos, y arquitectos, etc. Y todo eso está muy bien. Pero tengo la impresión de que algunas mujeres se olvidan de esos «otros

trabajos» duros, mal remunerados e injustamente infravalorados. Y eso no es justo. Hay que compartirlo todo. Incluido los trabajos de alcantarillado, entierro de residuos nucleares y reparto de butano. Admiro a la mujer que participó en las obras de la construcción del túnel de la Mancha. Entre otras cosas, por su excepcionalidad. [...] El camino para formar parte de la alta burguesía (abogadas, médicos, arquitectos,...), ese camino algunas lo han sabido recorrer bien deprisa [...]. Esperemos que con el otro camino, vaya a suceder también lo mismo. Y que los hombres no pongan trabas para que ello sea así.

Volviendo al tema de la actitud de la mujer ante el sexo, sólo un par de reflexiones más: si la mujer supiera irse a la cama con un hombre con tanta facilidad como un hombre sabe irse a la cama con una mujer, no existirían violaciones ni agresiones sexuales de ningún tipo. Yo no hablo aquí de castigos, de castraciones, de endurecimientos de penas,... Yo aquí hablo de la erradicación de la agresión sexual. No quiero dar una solución simplista, sólo digo que: siente como un hombre. Sé igual que un hombre. ¿No puedes? Pues peor para ti y peor para mí (yo no quiero vivir con seres del pasado).

O si lo prefieres, móntate una asociación de amas de casa y preséntala a las elecciones de tu pueblo o ciudad. Reivindica «la voz y el voto». Cosa, por cierto, bastante increíble. Porque el voto, que yo sepa, lo tienen ya todas las mujeres. Es curioso, como un partido político en su primera presentación en sociedad, puede comenzar mintiendo tan descaradamente. «Ni voz ni voto». He aquí de nuevo a un grupo de mujeres tratando de hacerse con una situación

ventajosa, porque no hay nada que le guste más a la mujer «casera» y «primitiva» que tener la sartén por el mango. Me estoy refiriendo, por supuesto, a «***», «partido político» que se presentó a las elecciones de *** integrado únicamente por mujeres. Es como para desesperarse. Yo pensaba que se trataba de conseguir la igualdad entre los sexos, y he aquí que un grupo de monjas aparece con la propuesta de «los chicos con los chicos, y las chicas con las chicas». Maravilloso. Todos partiéndonos el alma para eliminar distancias, y ahora entran en escena estas mojigatas clasistas reivindicando la cesta de la compra. Supongo que la cruz inversa, la castración y el empalamiento de por vida al agresor serán la base del discurso político-militar de estas insoportables solteronas, divorciadas, amargadas y rencorosas solitarias.

Sobre el castigo de la agresión sexual, estoy en contra del endurecimiento de la pena, y mucho más teniendo en cuenta que el agresor es a su vez una víctima de la sociedad, y en especial de esa actitud retrógrada que la mujer de esta época —determinada por la historia y la cultura, como lo están también los hombres— todavía mantiene en relación al sexo. Pero de esto ya he hablado unas líneas más arriba.

Hoy en día la pena por agresión creo que puede incluso llegar a los veinte años. Así pues, no creo que el castigo pueda ser más duro de lo que ya es. Demasiado duro incluso (creo que el asesinato recibe un castigo penal similar,

es decir, la pena por violación y la pena por asesinato se han llegado a igualar. Increíble pero cierto). Pero además quieren que el agresor cumpla la pena íntegra, es decir, cualquier posibilidad de reinserción o regeneración del agresor queda anulada. Y no sólo eso, sino que además exigen que durante su estancia en la cárcel sea tratado con el máximo rigor, y sea enviado a las cárceles más duras del estado. Es increíble, cómo la gente puede llegar a ser tan enrevesada y sádica. Hay mujeres incluso que piden la castración. Sin embargo, la mujer que se atreve a reivindicar tales castigos, debiera hacerse antes un auto-examen de culpabilidad en relación a los problemas más graves que ocurren en nuestro tiempo y planeta. Y luego, pensar en sus ovarios.

Por supuesto, tratándose de la víctima, es comprensible que se exprese en esos términos. Ahora bien, ¿llegarán a convencer a la Justicia (con mayúscula) de que las cosas deben ser de este modo? Es decir, la Justicia sabe que tras el castigo existe la redención del individuo. Este ha sido el gran logro de la jurisprudencia moderna y humanista, basada en el deseo de justicia y no en el deseo de venganza (propio de las víctimas y allegados, pero de ningún modo de los jueces y fiscales). El problema es que la mujer ha llegado a vestir la toga de juez, y se encuentra con que no sabe ser juez sin ser al mismo tiempo «mujer». Es decir, que nos encontramos en el extremo opuesto del machismo. El juez que dejaba en libertad al violador porque la víctima «vestía minifalda» o porque «no se resistió demasiado», ahora ya tiene su equivalencia en el jurado femenino: seis años de cárcel para un joven que, borracho como una cuba, osó realizar «tocamientos obscenos» a una mujer sin su consenti-

miento (agresión sexual); dieciséis años de cárcel para dos jóvenes que «violaron» a una retrasada mental a quien ya se la habían «picado» tres generaciones de lugareños (todo el pueblo, hombres y mujeres, se manifestó ante el juzgado para mostrar su repulsa); veinte y pico años para un hombre que «violó» a una prostituta (según parece, acabado «el polvo» se negó a pagarle las cinco mil «pelas», con lo que «el polvo» pasó a convertirse en «violación»). Por supuesto, en todos estos casos no eran jueces quienes juzgaban, sino juezas.

El poder femichista de la mujer tiene también otras expresiones: hombres a los que se les ha robado la casa, los hijos y el sueldo. ¿Y por qué? Porque no quisieron seguir compartiendo su vida con alguien a quien no querían. La ley no sólo se ha creado «para el hombre». Bien que lo saben algunas mujeres. Una pregunta. ¿Qué es más duro? O, si lo prefieres, ¿a quién debiera imponérsele un castigo penal más riguroso, a quien comete una agresión sexual o simplemente física —malos tratos—, o a quien te lo quita todo —casa, hijos, sustento—?

Además, no hay que olvidar que por un delito de agresión o violación, se llegan a pedir «suculentas» indemnizaciones monetarias —motivación más que suficiente para interponer una denuncia, sobre todo en los tiempos de miseria que corren— que pueden ascender a varios millones de pesetas. Para ello, es suficiente con la palabra de la mujer supuestamente agredida. No es necesario que existan testigos de la supuesta agresión para que un hombre sea hallado culpable. Es así como hoy día se ha llegado a que la palabra de una mujer valga más que la de un hombre en una sala de Justicia Civil. Yo pensaba que se trataba de alcanzar la

igualdad.

Según parece, la mujer no ha llegado aún a la etapa en que toma conciencia del femichismo para a continuación desembarazarse de él. Y tardará seguramente unos años en hacerlo; y unos años más en quitárselo de encima. Tal vez, si consiguieran introducirse en ese «otro mundo laboral» que he mencionado antes, tal vez entonces se darían un poco más de prisa en recorrer ese camino. La rudeza laboral del hombre puede llegar a explicar muchas cosas.

Uno de los casos más evidentes del femichismo lo tenemos en el caso «Lobby». Como seguramente recordará el lector, esta mujer de origen sudamericano, profundas convicciones religiosas (ausentes en su acción) y casada con un norteamericano (probablemente para poder vivir en América), mutiló el órgano sexual de su marido mientras este dormía. El caso creó una gran expectación no sólo en los Estados Unidos sino en el mundo entero. Lo más extraordinario es que la mujer acusada de un delito tan grave salió en libertad y sin cargos de ningún tipo. Es decir, un ladrón me roba cuanto tengo y en venganza le mutilo las dos manos. Al día siguiente la justicia me deja en libertad porque «el daño causado fue tal, que mi acción queda así justificada». Sin comentarios.

Hay que distinguir, por un lado, lo que es la venganza y, por otro, lo que es la Justicia. Toda persona puede tomarse la justicia por su mano. No se puede impedir. Incluso, y como nos resulta imposible llegar a «ser» otro ser

humano, es probable que una venganza hasta pueda resultar «justa». Eso nadie lo sabe, excepto quien ha sufrido la ofensa y el daño. Y esto mismo es aplicable, por supuesto, en el caso Lobby. Sin embargo, la Justicia, la Justicia que se escribe con mayúscula y se representa por medio del símbolo de la balanza, esa Justicia, digo, no tiene, ni tiene por qué tener, relación alguna con la venganza, o la ley del talión, o el rencor, ni con ningún otro sentimiento negativo. Y aún menos con castigos derivados de mutilaciones corporales. Simplemente, se limita a impartir justicia.

Por ejemplo, si yo, en un acto de venganza, mutilo las manos del ladrón que me dejó en la ruina, es normal y —sobre todo— es justo que me vea obligado a rendir cuentas ante la justicia. Y aún más justo sería que se me fuera aplicada una rigurosa pena por realizar un acto semejante. Yo, por tanto, debo ser consciente de que deseo llevar a cabo mi acto de venganza, a pesar de que ello va a acarrearme responder por mi acción ante la Justicia. Lo que es inadmisibile es que la Justicia me deje en libertad porque el ladrón «me causó un gran daño». Otra cosa es que se tengan en cuenta determinados factores, que puedan resultar agravantes o atenuantes, pero de ahí a redimir el castigo por el carácter del daño, hay un abismo. Y eso es precisamente lo que ha ocurrido en el caso «Lobby».

Lobby tendría sus razones para hacer lo que hizo, que duda cabe. Pero no existe una sola razón para justificar la acción de la Justicia: libertad sin cargos. La puerta para que cada cual se tome la venganza por su mano, queda así abierta de par en par. El femichismo degrada la Justicia y justifica la barbarie y los castigos de mutilación, abolidos en

casi todos los códigos penales, y aprueba los actos de venganza más arcaicos y medievales.

Además, si Lobby tuvo valor para hacer lo que hizo, ¿por qué no tuvo valor para marcharse a cualquier lugar de Estados Unidos y seguir viviendo? América es grande, no es difícil dejar a alguien atrás. Del mismo modo, ¿por qué recurrir a horribles mutilaciones? Si todo lo que deseaba era vengarse, ¿por qué no comprar una pistola y pegarle un tiro sin más? ¿A santo de qué vienen esas aberraciones de la edad de piedra, y a santo de qué viene perdonarlas porque «fue una locura pasajera?». ¿Acaso no existen hombres con muy buenas razones para hacer una «faena» similar a sus esposas? Si las mujeres tienen derecho a solucionar sus problemas a base de amputaciones y mutilaciones (así lo corrobora la sentencia de Lobby), ¿por qué no habrían los hombres de hacer otro tanto cada vez que una mujer les hace una muy mala pasada? Y si se demostrara en el juicio posterior que obraron impulsados por una grave ofensa o perjuicio, ¿deberían ser dejados en libertad sin cargos? ¿bastarían unas lágrimas y una historia trágica y dramática para conseguir el Perdón de la Justicia?

Hace poco leí unas declaraciones de la presidenta de empresarias de ***, y dicha presidenta venía a decir que «[...] no tenemos nada en contra de los hombres, pero hay que reconocer que las mujeres tenemos mejores cualidades humanas y una mayor capacidad para tomar decisiones, pues estamos acostumbradas a tener que hacerlo». Ya estamos de nuevo con las nazis demócratas. Imagínense a un hombre blanco diciendo «[...] no tenemos nada contra los negros, pero hay que reconocer que los blancos tenemos mejores

cualidades humanas y una mayor capacidad para tomar decisiones, pues estamos acostumbrados a hacerlo». Perfecto, un «demócrata» del Ku-Kus-Klan no podría expresarlo de modo más claro. E incluso, vamos a imaginarnos por un momento que un hombre hace suyas esas palabras de la presidenta nazi en cuestión «[...] no tenemos nada en contra de las mujeres, pero hay que reconocer que los hombres tenemos mejores cualidades humanas y una mayor capacidad para tomar decisiones, pues estamos acostumbrados a tener que hacerlo». Si un hombre que ocupara un cargo importante se atreviera a decir algo así, inmediatamente se levantaría un verdadero escándalo. Incluso podría haber dimisiones. De hecho, si muchas de las declaraciones que hacen las mujeres públicamente, las pusiéramos, palabra por palabra, en boca de un hombre, cambiando únicamente, y cuando fuera preciso, el vocablo «hombre» por el vocablo «mujer», entonces más de una se daría cuenta de lo que quiero decir. Por supuesto, puede que a alguien le importase un bledo. Hay nazis muy orgullosos/as de sí mismos/as.

En este sentido me viene otro ejemplo aún más aleccionador. Una determinada ministra de cultura de España públicamente llegó a confesar que «cuando tengo que nombrar colaboradores para mi despacho, no sé por qué sólo me vienen a la mente colaboradoras mujeres». Si un hombre con un cargo tan importante como el de esta señora se hubiera atrevido a decir algo semejante, no sé cuánto tiempo hubiera durado en su cargo. Lo que en el hombre se critica, e incluso se sanciona, en la mujer parece ser permitido «con toda naturalidad».

Según parece, hay algunas mujeres que quieren demostrarnos que también ellas valen para trabajar en las sesiones de tortura de cualquier cuartelillo. Pero con una diferencia, como son mujeres queda no sólo perdonado, sino también justificado. Y no sólo eso, sino que además debiera ser considerado como un «acto de heroicidad» por el valor que ello demuestra. «Soy la primera mujer torturadora. Me siento orgullosa. He demostrado que nosotras las mujeres valemos para cualquier cosa».

Acabo de escuchar a una Senadora en unas declaraciones sobre las mujeres que se dedican a la política: «Nosotras las mujeres tenemos una mayor visión de futuro que los hombres, y además somos más prácticas y vivimos con los pies en la tierra». Apliquemos en este caso lo indicado un poco más arriba, es decir, invirtamos los sexos y repitamos la escandalosa declaración palabra por palabra: «Nosotros los hombres tenemos una mayor visión de futuro que las mujeres, y además somos más prácticos y vivimos con los pies en la tierra». Resumiendo, que esta racista, sexista e integrista europea se aprovecha de la televisión pública para realizar unas declaraciones absolutamente denigrantes (no sólo para el hombre, sino también para la mujer), y nos viene a decir que «La Mujer es superior al hombre» = «El Hombre Blanco es superior al hombre negro» = «Los Cristianos van al cielo y los musulmanes al infierno» etc. etc. etc. ¿Hasta cuándo vamos a tener que soportar a estas sexistas y engreídas femichistas, incapaces de ver más lejos de su ombligo?

En cuanto al mundo laboral, me vienen a la memoria los nueve meses que trabajé en la administración de un

centro hospitalario llamado***, en ***. Fue muy aleccionador. Para empezar, el noventa y cinco por ciento del personal que trabajaba en tareas administrativas eran mujeres. Y es curioso, pero se da la casualidad de que todo el Departamento de Personal, incluida, por supuesto, la Directora, estaba integrado únicamente por mujeres. Y este Departamento era quien decidía a quién se le daba un contrato, a quién se le renovaba y a quién no se le renovaba. En el fondo, se entraba a trabajar poco más o menos que «a dedo», exactamente del mismo modo que se salía de allí. Bastaba con ser familiar (o amigo íntimo?) de algun/a trabajador/a del centro. Pero vayamos al grano.

Los administrativos/as eventuales acostumbábamos a trabajar prácticamente por cualquier oficina del centro en cuestión. Tal y como he dicho, por cada treinta mujeres, había un hombre trabajando en las oficinas. Imagino que en el Departamento de Personal debían hacer suyo el lema de la anteriormente citada ministra de cultura: «cuando tengo que nombrar colaboradores para mi despacho, no se por qué sólo me vienen a la mente colaboradoras mujeres».

En los nueve meses que trabajé en unas y otras oficinas conocí de todo, incluidas por supuesto, atentas compañeras de trabajo. Pero en general, el ambiente y sobre todo el trato laboral fue, en la mayoría de las oficinas, absolutamente humillante, discriminatorio, sexista y revanchista.

La mayoría de aquellas mujeres no admitían la presencia del sexo opuesto en aquellas oficinas que poco más o menos las consideraban «patrimonio de la mujer». Pero el verdadero causante de esa situación no eran las

administrativas en sí, sino el Departamento de Personal, que en vez de impulsar una plantilla de trabajadores/as administrativos/as integrada al 50% por hombres y mujeres, lo que hacía era impulsar el segregacionismo y la marginación de los hombres de la Administración.

Respecto a la habilidad de la «Directora» del Departamento de Personal (que, por cierto, podría haber sido una buena Directora de Penitenciarías de Primer Grado), como dato anecdótico citaré que, a las dos horas de haber comenzado a trabajar por primera vez en el centro***, fuimos llamados a su despacho ya que, según parece, «no trabajábamos» como es debido. Tanto mi compañera como yo, doy fe de ello, en esas dos horas, aparte de estar absolutamente cohibidos por ser nuevos en el puesto laboral, puedo asegurarles que pusimos nuestra mayor entrega y esfuerzo en realizar las tareas encomendadas —que por otro lado eran sencillas, aunque importantes y, por tanto, requerían una cierta concentración—, y no dimos pie en modo alguno para que se nos llamase la atención, repito, a los 120 minutos de haber comenzado a trabajar. Cuál era nuestro interés en hacer bien nuestro trabajo, es bien fácil imaginarlo: o eso, o el paro.

Hoy día, estoy convencido de que lo único que hizo «mal» mi otra compañera, fue haber tenido la mala suerte de haberle tocado empezar a trabajar conmigo, es decir, con un hombre.

Lo que allí ocurrió fue un auténtico «acoso laboral». Ojo. No hablo de acosos sexuales. Hablo de «acoso laboral». Hay muchos tipos de acosos laborales que nada tienen que ver con la obtención de fines sexuales, y que se dan tanto de

hombres a mujeres, como entre hombres, como entre mujeres y, por último, de mujeres a hombres. Es un problema cuantitativo. Si en una oficina trabajan 10 personas, y nueve son hombres y una es mujer, esa mujer puede tener serios problemas en esa oficina. Y no por acoso sexual. Basta con que le hagan la vida imposible. Y exactamente ocurre en el caso contrario, es decir, en una oficina de cuyos 10 trabajadores 9 sean mujeres y tan sólo 1 sea hombre.

El acoso que yo padecí en aquellas oficinas fue, por tanto, única y exclusivamente laboral. Se me acosaba por el mero hecho de ser hombre. En las poquísimas oficinas en las que había una igualdad de compañeros y compañeras, no hubo ningún problema. Al contrario. Pero en las oficinas en las que había una diferencia desproporcionada (7 mujeres-un hombre), en esas todo fue problemático. Mi único error y mi única culpa era ser hombre, era haber empezado a trabajar en aquél lugar «coto privado de la mujer». La amenaza permanente del despido, las denuncias injustificadas, el grado de hostilidad era tal, que incidía incluso en el trabajo realizado, pues en una situación tan demoleadora para el individuo, es prácticamente imposible poder concentrarse y realizar un buen trabajo. Cuando pienso que Hitler también tuvo una madre, no me resulta demasiado difícil imaginarla. En el fondo eran fobias. Fobias que tenían aquellas «marisabidillas femichistas» de ultra-sur, amargadas, revanchistas, que encontraron una excelente válvula de escape para sus frustraciones personales.

En fin, a los nueve meses fui expulsado de aquél infame Cuartel Argentino-Nazi. Imagínense el trato que pueda sufrir una mujer trabajando en una oficina con diez

compañeros todos ellos de claro talante machista. Ese fue, poco más o menos, el trato que tuve en el centro hospitalario*** de ***.

Si la venta de armas fuera aquí tan libre como lo es en América, tal vez los hombres/las mujeres se lo pensarán dos veces antes de ofender tanto a cambio de tan poco.

En cualquier caso, seamos no sólo prácticos, sino también justos y positivistas, y dejemos bien claro que, si queremos llegar a la igualdad entre sexos, es preciso comenzar por repartir los trabajos de modo equitativo. Y esto vale por igual tanto a hombres como a mujeres, y en especial, que tomen nota aquellos/as que disponen de poder y de medios a la hora de repartir el trabajo.

Estas —cuanto menos— curiosas «declaraciones» fueron halladas sobre el escritorio de J.N.B., contable-administrativo de 29 años, nacido en***, que trabajaba para la empresa***, y que apareció muerto a los dos días de que recibiera una citación judicial en la que se le acusaba de haber protagonizado un asalto sexual, al parecer, de especial gravedad. En cuanto a las anteriores declaraciones, éstas se hallaban escritas íntegramente en euskara. Así pues, lo que en las anteriores páginas se ha podido leer es en realidad una fiel y literal traducción de dicha declaración (para mayor fe y crédito, dicha traducción ha sido realizada por traductor jurado). Por otro lado, en los archivos policiales no se tenía, hasta el momento, ningún tipo de información que pudiera perjudicar el honor o reputación de J.N.B., y al mismo

tiempo, todos los que lo conocieron se han mostrado incrédulos y sorprendidos en extremo, al pensar que el acusado hubiera podido jamás haber llevado a cabo una acción semejante. Luego de recibir —por correo certificado— la citación judicial, J.N.B., según parece, escribió la presente extensa «declaración» y acto seguido se suicidó, ahorcándose en la casa donde vivía sólo, con un animal de compañía. En la declaración, tal y como habrán podido comprobar, no se molesta en negar la acusación por la que se le iba a enjuiciar. Aunque, por otro lado, tampoco se declara en ningún momento autor del delito en cuestión.

Poco antes de cerrar esta edición, hemos llegado a saber que la cita judicial enviada a J.N.B. fue producto de un error. El/la funcionario/a encargada de tramitar las citaciones, confundió los datos de un individuo acusado de agresión sexual con los de J.N.B., a quien únicamente se le tenía que enviar la renovación de su permiso de armas —J.N.B. era un gran aficionado a la caza—. Qué duda cabe, sino decir que todo ha sido «una mala jugada del destino».

LES POÈTES SONT AINSI

Hoy decido que es buena esta decisión
Y parto hacia el lugar sagrado
Más allá del Hombre, de lo Humano
Retrocedo un sueño en la mirada
Y dejo que la Sombra me guíe hacia la sombra.

Proyecto de una muerte en un jardín
El lugar que reposa la tierra
Y mi yo —muerto entre los muertos—
Aspirando el aroma...
Flores y mañanas muertas.

Dueño del pasado
Esta cultura enferma suicida en mi garganta
En la mente traslúcida que amontona historia
Las páginas de un libro de poesía
O unas calles de la Ciudad Perdida

En el presente de un instante
Atraviesa la hoguera de la noche
La bruma de un recuerdo-fantasma que opera
Desde el absurdo faro
Parpadeando inmóvil su mensaje secreto

La playa en la bahía oscuros reflejos anegados
Hace tiempo fui en ella muchacho
El viento helado del invierno
Y el juego de la arena en mis zapatos
Recuerdos todos que se ahogan
En el fragor de las primeras oleadas.

Esta tierra inmensa que yace sobre mí:
—Lejos del dueño y del esclavo!—
Y todo este Mar junto a quien nado errante,
—Espejo taciturno y ebrio!—
A donde boto mi barco azucarero.

LUIS MARI: UNA ODISEA EN EL ESPACIO

Hacía por lo menos seis meses que Luis Mari no había recibido carta de nadie. Excepto de la telefónica, que había comenzado a enviar de nuevo sus extractos luego de un intervalo más o menos largo de total incomunicación con el exterior, pues le cortaron el teléfono por falta de pago. La situación with the electricity company también había vuelto a restablecerse.

«El tiempo es oro» se dijo. Y luego se echó un pedo que puso furioso al vecino.

—¡Al hijo de puta que diseñó estas paredes debieran colgarlo de los huevos! —gritó fuerte para que le oyera el de al lado.

Apagó la televisión con un gesto de impaciencia, como si al apagar el aparato quisiera hacer desaparecer también esa vida que dominaba su fastidio.

—Debiera haberme ido a América hace diez años —pensó en voz alta.

Se dirigió a la cocina con el ceño fruncido.

La alegría era un sentimiento raro en Luis Mari. No es que lo desconociera, sólo que su no-ser habitual se sobreponía por lo general al resto de sus sentimientos. Tal vez lo llevara en el alma, o tal vez en los huevos. Sin descartar la posibilidad genética.

—¿Qué hice yo para ser un jodido ser humano?— se

preguntó con una risita malévola mientras atravesaba el pasillo y alcanzaba la cocina de aspecto siniestro.

Abrió la puerta del frigorífico y dio un paso atrás horrorizado, como si acabara de toparse con su propia existencia. Sobreponiéndose, sacó un plato que contenía una sardina picante y cerró la puerta del frigorífico dándole una patadita con el talón del pie. El inmenso vacío iluminado se cerró.

Por un momento creyó conveniente pesarse antes del banquete. Luego recordó que las pilas del peso estaban gastadas. Así es que se resignó.

Echó un vistazo por la ventana de la cocina, mientras comía la sardina de pie, sin tenedor y sin pan.

El día era claro y luminoso. Pero no se correspondía con la sensación «pesada», un poco lóbrega incluso, que formaba ya parte de él mismo. Tal vez su dieta de sardinas tuviera la culpa.

La ausencia de Tomás (¿qué tomas?) fue también otro evento que añadir al mes de Junio, que por cierto era el mes en el que Florent cumplía años.

—A ese cabrón le voy a escribir una carta.

Acto seguido, abandonó la cocina y entró en el cuarto de baño, cuya puerta se hallaba decorada con el rótulo «Embajada de Chile» y la silueta de un perro. Orinó sentado para no hacer ruido. Luego se lavó las manos y la cara y los dientes. Por último, utilizó para secarse una toalla que apestaba (siempre olvidaba tenderla luego de la ducha).

Al fin consiguió llegar a su «oficina» y se sentó ante el ordenador.

—Es acojonante esto del teleworking —se dijo con

otra de sus risitas.

Comenzó a escribir la carta:

«Estimado amigo:

Estoy premuerto. Pero no se lo digas a nadie. Y tengo en los testículos un montón de niños muertos. Es el infinito, que me obliga a ser Me-kaguen-Dios. ¿Sabes? Es agradable disponer de alguna referencia. Ecuatorianamente hablando, quiero no-decir. ¿Comprendes? Cojonius, explícamelo a mí, que muero de alegría camuflado en la komuna del Arzak, «pa» ver de cerca el culo a la riqueza. Por buena fortuna —fructífero esfuerzo seminarista—, no se me escapa el valor de una paja. Pero antes de que lo olvide: ayer vi un Ovni. Estaba tendiendo la colada cuando apareció así, tan redondo, tan asombroso... Superada la catarsis inicial, le bailé un auresku. Le gustó mucho. Luego lanzó un rayo y me quemó toda la ropa. Antes de que huyera tuve tiempo de escupirle (yo no soy de esos que se acobardan). Están perdidos. Ellos no saben que la han cagado. Quiero decir que ese lapo es una arma eficazísima, de muy reciente invención. Terribol. Mezcla de ingeniería genética y rencor iraní. La he inventado yo, en mi cerebro. Fue una noche de plenilunio. «Me hallaba en el laboratorio de Malibú, tratando de violar a mi ayudanta, cuando... Eureka!». El resto ya lo sabes, así que «pa» qué te lo voy a contar.

¿Qué tal, Florent? ¿Qué tal, Maribel?

Quieren hacerme padre. Yo, reducido a la indigna condición de padrote (mueve el culo y hojea el diccionario). Le llamaré Ostirala. Y en plan cariñoso «Oxti». Tal vez le quite el artículo. De una...

Y hablando de artículos, te envié un tal que tuvieron

a bien publicármelo en el ***.

¿Tú qué tal? Espero que no tengas la mala suerte de infectarte con la última de las siete (?) plagas del Apocalipsis, ya sabes, la jodida bacteria que se le zampa a uno vivo en 24 horas.

Creo que voy a montar una secta (a cult) aquí, en Astigharraga. Va a ser la monda. Y cuando llegue el FBI, les daremos «pal» pelo. Si os animáis... antropofagia tendréis. A mí, plin.

Txao.

Zorionak, lagun! (laster arte???)»

Al finalizar la carta la releyó unas cuantas veces en la pantalla, la revisó con el corrector automático del programa y por último la hizo imprimir en su impresora de 24 agujas.

—Me tomaría una coca-cola —murmuró mientras se sacaba una pelotilla de la nariz.

Le picaba el alma pero no podía rascársela. Su vida, transcurrida en permanente estrechez económica, transcurría como en un bostezo inacabable.

Encendió la televisión y buscó frenéticamente un poco de lujuria. Nada. Sólo policías machacando a infelices. El agua de la pecera —vacía— se removía continuamente impulsada por el filtro, haciendo surgir una corriente que parecía proyectarse hacia un eterno infinito siempre en movimiento. Los peces hacía tiempo que habían desaparecido, víctima de algún virus fatal.

Luis Mari cerró los ojos y por un momento se sintió

arrastrado por la corriente del acuario, sólo que ahora parecía llenar todo el espacio abarcable en sus ojos cerrados, mientras flotaba mecido en la corriente misteriosa y rodeado por sus antiguos compañeros, los simpáticos peces tropicales: la pareja de Platis, el «baby» de éstos, el Sr. Botia, el arrojado Beta, los huidizos Neones, la Viuda Colisa, el Coral solitario, los fantásticos Mollys negros...

El aparato del televisor del vecino lo sacó de su ensoñación y lo devolvió, con desgana, a su mundo habitual.

Regresó a la «Oficina», que era como llamaba al cuarto donde escribía, traducía, leía, vagueaba... En suma, la habitación en donde casi-casi podría decirse que vivía, pues pasaba en ella más horas que una rata en una alcantarilla.

Releyó de nuevo la carta de Florent y a continuación buscó entre varias carpetas hasta que halló el artículo de marras. Lo releyó y a continuación sacó una fotocopia en el Fax. Por último, y antes de meterlo dentro del sobre junto con la carta, volvió a leerlo por última vez (tenía la costumbre de releer decenas de veces los escritos antes de enviarlos a donde fuera).

Le asombró en gran manera no hallar errata alguna en todo el artículo. En este sentido, los periódicos solían ser terribles. O cuando por razones de espacio el maquetista daba el tijeretazo por aquí y por allá.

—Brrrr! —exclamó sorprendido al leer el artículo escrito meses atrás. Luego, con una cierta mueca de aprensión, lo introdujo dentro del sobre, junto con la carta para su amigo Florent.

Encima de la mesa estaba la factura del mecánico. «Carburador obstruido», se podía leer adjunto a una cifra

binaria con tres ceros a la derecha.

—¿Qué cojones será un carburador? —se preguntó lleno de rabia y rencor.

Pensó que tendría algo que ver con el carburante, y se maravilló de su capacidad para relacionar evidencias.

—Si hubiera sido ciego, habría reconocido mi bastón blanco por su color —se dijo convencido.

Se olvidó de la factura que, a fin de cuentas, no había pagado él, si no su amorosa esposa, Lindi, que tras unos meses de separación (con la consiguiente penuria, incluido el corte de teléfono y electricidad) había regresado más amorosa que nunca.

Un mosquito, detenido un instante en el cristal de la ventana, acabó hecho papilla de un zapatillazo certero.

—Imprudente alimaña —exclamó. Y un brillo de orgullo (la alegría de la presa abatida) brilló en sus ojos. — La caza es algo grande —barboteó de nuevo. Y sintió una cierta pesadumbre por haberlo aplastado totalmente, ya que ahora no sería posible disecar su cabeza y colgarla en el salón a modo de trofeo.

—No se puede tener todo —y exhaló un suspiro de resignación.

Luego comenzó a hablar a solas, muy animadamente. Se imaginaba exponiendo inteligentísimos razonamientos ante una cámara de televisión, respondiendo a las preguntas que una arrobada entrevistadora (¡bellísima!) le planteaba, poniendo a prueba su ingenio e imaginación:

«—No se trata de circunvenir de malas maneras la trama de la narración, sino de procurar crear una «burbuja» dentro de la cual esa trama pueda respirar, flotar e incluso

salir de ella y entrar así en otra burbuja más grande y espaciosa. Hay que llevar a esa región ficticia una práctica de realidad, digamos, aleatoria. Para que el lector no se dé cuenta de si es él o si es otro quien lee y vive la acción desarrollada. Y, por supuesto, evitar «petachos» y secuencias demasiado «irreales», pues sería tan absurdo como enterrar la veracidad bajo un jardín de piedras y luego regarlo bien esperando vaya a salir algo de todo ello.»

Un eructo le cortó la inspiración haciéndole perder el hilo e incluso, casi-casi, el equilibrio. Pero no le importó. De hecho, ni se dio cuenta que pasaba de la fantasía a la realidad —por llamarla de algún modo, pues el modo de vida de Luis Mari era más surrealista incluso que sus propias alucinaciones—. Además, en ese instante sonó el timbre y, con gran sigilo, se acercó hacia la puerta.

Antes de que pudiera mirar por la rejilla, golpearon insistentemente con los nudillos. Pensó que tal vez fuera la policía, haciendo maniobras con los vecinos del barrio. Los golpes en la puerta se repitieron. Decidió abrir fuera quien fuese. Pero antes de hacerlo se acercó a la cocina y cogió un cuchillo que ocultó en la manga del jersey.

—Por si las moscas...

Abrió la puerta dichosa. Dos vendedores. Uno con cara de ratón inteligente y el otro con cara de primo y ademanes tímidos. Ambos portando gruesos tomos de enciclopedia bajo el brazo. La Fauna Animal. Quiso cerrar pero antes de poder hacerlo así uno ya se había colado dentro y el otro atravesaba en ese instante el umbral. «Han sido más rápidos que yo» pensó con rabia. Y mientras les invitaba de mala gana a pasar a la salita de estar empujó el

cuchillo, que se le caía, hacia arriba de la manga.

Sentados en la sala, el ratón con cara de listillo empezó a soltar trapo y no paraba. Las palabras fluían tan rápido de su hocico que Luis Mari prácticamente no tenía tiempo de seguir el hilo. Además, últimamente había estado inmerso en unas traducciones al euskara, y el castellano a veces resbalaba en sus oídos sin poder «atraparlo» del todo, comprendiendo lo que se le decía pero sin llegar a fijarlo en mente, es decir, sin aplicar el código necesario para descifrar el sentido y capturar el mensaje. Es un poco extraño de explicar. Quienes vivan en dos idiomas, con temporadas más sumergidos en un idioma que en otro, comprenderán lo que quiero decir. En el fondo es un excelente ejercicio para mantener el seso despierto y el intelecto en buena forma. No todo iba a ser negativo en la dichosa digloxia (tomad nota, plácidos animales de un sólo idioma).

El vendedor continuaba monologando acerca de animalitos. Mientras, Luis Mari peleaba con aquél maldito cuchillo que una y otra vez deseaba dejarlo en evidencia, *c'est à dire*, resbalar de la manga y caer impertérrito sobre la alfombra. Podía imaginar la expresión de horror que pondrían los dos infelices ante la visión de su arma, que por cierto, era de considerables dimensiones. Además, como lo sostenía con el dedo, la punta del cuchillo le lastimaba la yema.

—Las fotografías son excelentes. Fíjese en esta pareja de chimpancés.

A Luis Mari le entró la risa loca. Empezó a carcajear y no podía parar. Miraba a los chimpancés de la fotografía, que a su vez le miraban con esa expresión idiota tan propia

de ellos, con sus labios gruesos y salientes, como si estuvieran succionando bananas imposibles.

Los vendedores sonreían estúpidos, un tanto «moscas» por las cada vez más desconsideradas risotadas que lanzaba Luis Mari, pero al final unieron sus risas a las suyas, lo que aumentó la hilaridad del humilde protagonista de esta historia hasta el punto de que su cuerpo empezó a sufrir trepidantes convulsiones, todo ello provocado por las carcajadas que parecían haber cobrado vida propia, separándose de su cuerpo e independizándose de su pensamiento.

—De un momento a otro —acertó a decir entre carcajada y carcajada— empezaremos a flotar por la habitación.

Se refería a la célebre escena de la película Mary Poppins, cuando la risa hacía flotar a los protagonistas en contra incluso de su voluntad.

Pero los vendedores no acertaron a entablar la relación y recuperaron la compostura, que empezaba a dar paso a una cierta situación no demasiado cómoda, ya que Luis Mari no parecía estar dispuesto a deponer su actitud; al contrario, sus risotadas iban en aumento y le era imposible serenarse, pues había perdido el control de sí mismo. Los chimpancés le miraban con sus caras alucinadas y los vendedores también.

Inesperadamente el cuchillo cayó de su manga, lo que provocó un cambio de expresión totalmente espectacular en el rostro de los profanadores, hasta el punto que uno de ellos se puso en pie —el listillo con cara de ratón y que parecía ser el «jefe»—, acto que fue inmediatamente imitado

por su tímido compañero, y ambos fueron retrocediendo hacia la puerta mientras Luis Mari se agachaba a recoger el cuchillo y, una vez incorporado, lo blandía en la mano dirigiéndose hacia ellos, partiéndose de risa y tratando de darles una explicación, lo que no hacía sino aumentar sus hilarantes y estertóreas sacudidas.

Siguió riéndose durante unos quince minutos más, cuando los vendedores ya habían abandonado su casa, el portal, el barrio y probablemente hasta su en absoluto envidiable profesión. La puerta permanecía abierta y unos niños asomaban divertidos sus cabezas redondas, empepinadas, huevíferas... Eran unos seis o siete diablillos atraídos por el mejor cebo de la infancia: la risa.

—¡Cuidado, que se acerca el loco! —chilló una niña que vestía un vestido chillón. Y una gran algarabía seguida por empujones y algún que otro coscorrón sacudió la pacífica escalera.

Luis Mari cerró la puerta, miró la hora en su reloj de seiscientos setenta y cinco pesetas y se felicitó por el buen rato y su envidiable sentido del humor.

Luego le dio un poco de rabia porque se fijó llevaba puestas las zapatillas de andar por casa.

—¡Qué habrán pensado esos señores! —se reprochó preocupado.

El portero automático sonó dos veces.

—Hello! —gritó.

—¡Cartero! —le respondió una voz familiar que no había escuchado en largo tiempo.

Bajó trotando las escaleras, pues había intuido que algún amigo del pasado había lanzado un mensaje a su

presente histórico.

No se equivocaba. Era Florent.

Pensó que se había anticipado a su carta para recordarle así que pronto iba a ser su cumpleaños.

A Florent le reventaba que los amigos no le enviaran unas pocas líneas de felicitación en el día de su cumpleaños. Luego, durante el año, ya no volvía a escribir o, si lo hacía, era muy probable que lo hiciera en algún arrebato de ira, con lo que la carta podía resultar un tanto «explosiva».

Pero se equivocaba. La carta, garabateada en una letra ilegible para un profano pero que él comprendía sin demasiada dificultad, trataba de problemas «serios» y que comprometían la relación amistosa con una tercera persona e, incluso, su propia relación con Florent, a quien tenía un gran cariño y estimaba a pesar del tiempo y la distancia (empleo una expresión un tanto romántica porque así lo es también el sustrato de esta relación amistosa). Se trataba de un problema provocado por Benito, apodado en el Círculo amistoso como el «Lenguas-Largas».

La carta era más bien lacónica. Transcribo algunos párrafos de la misma:

«Benito me difama continuamente y no estoy dispuesto a soportarlo más tiempo [...] Admito tu explicación y no insisto en que te puedas haber equivocado porque en estos casos Benito cuenta con antecedentes de todo tipo y tú no mereces reproche alguno. [...] Me llegan rumores hediondos cada vez que Benito se tropieza con alguien por ahí sobre lo que ha dicho o ha dejado de decir de mi persona social (familia) [...] Te agradecería que cualquier observación en el marco de la hilarité Benitotiana hacia mi

persona ficticia o real me lo comunicases. [...] Imagínate. Hay más cosas, muchas más, pero por favor: tu turno, arráncate por soleares, etc. etc.».

Luis Mari quedó durante un rato pensativo. Le cogía de sorpresa. No, no sabía gran cosa acerca de esas difamaciones. Además, hacía tiempo que con Benito no se reunía sino de modo ocasional. Decidió responder inmediatamente. Transcribo su carta íntegramente:

«Benito te difama. Te difama mucho. No cesa de difamarte. ¿Lo oyes? ¿No escuchas su incesante cuchicheo? BZZZZZZZZZZ. ¿Oyes? BZZZZZZZZZZ. Pues es Benito. Benito que te difama día y noche, en la fortuna y en la adversidad, haga frío o calor, por tierra y por mar. Un sólo objetivo, una sola pasión: difamarte. Incluso ha pensado en montar un negocio del cual tú serías su principal cliente: "Oficina de Difamación B.L-L". Ahora está en el proceso llamado de *captación de clientes*. Por eso quería ir a visitaros (La Psicología del cliente. Manual del buen Comercial. Ediciones Deusto.) Desea conocer a fondo cualquier cambio o dato de interés. Es minucioso, ya sabes. No le gusta pasar nada por alto. BZZZZZZZZ. ¿Pero tú oyes lo que yo oigo? BZZZZZZZZ. ¡Benito! ¡Ya basta, te lo ruego! BZZZZZZZZ. ¡¡¡Benito!!! Por si fuera poco, quiere practicar el *prêt-à-porter* y conseguir así un grado de difamación más fino, rico y depurado. ¡Fíjate! ¡Piensa en lo que ello significaría! ¡Toda la barriada de Alza, La Paz, Herrera, Beraun, Lezo, Inchaurrondo-alto y Beberlly-Hills! ¡todos! ¡la flor y nata de la euskaldunidad murmurando que: ¡BZZZZZZZZZZ! ¡BZZZZZZZZZZ! Y qué me dices de: ¡Amara Nuevo! -¡Presente!- ¡Amara Viejo! -¡Presente!- ¡Añorga-Txiki! -¡presente!- ¡Parte Vieja! -¡Glu-glu!-

¡Todos! ¡Joder, qué desilusión! Creíamos que bzzzzzzzzz... No se puede uno fiar de nadie. Gracias, Benito, muchísimas gracias. Ahora ya sabemos toda la verdad. Te debemos mucho, te estamos profundamente agradecidos, etc. Pero no importa. Lo superaremos. Ha sido un duro golpe pero afortunadamente tú estabas aquí para robarle la Mont-Blanc. Gracias, Benito. Ha sido acojonante, de veras. Gracias, gracias. Bzzzzzzzzz! Benitooooo! No me extraña que últimamente no puedas dormir bien por las noches. Es la conciencia. Difamas demasiado. Y eso no puede ser bueno. El Abetxuko. Bzzzzzzzzz. En una jaula habría que meterlo. Con mis dos pericos. No te jode. ¿Qué ostias se había creído pues? Así que Pedro-Mari le dijo todo aquello, ¿eh? Vaya-vaya... Mmmmmmm... Interesante... Un baúl-bomba le haría bien, le peinaría el flequillo. Eso es. Bzzzzzzzzz! ¡Oh, no! La abeja Malla otra vez. Dice cosas terribles. ¡No jodas! Joder... Quién lo hubiera dicho... Con lo majo que parecía... Benito, a veces no te entiendo ni ostias. De veras. Tal vez fuera en uno de estos instantes de incomprensión cuando le dije bzzzzzzzzzzz... Y entonces él se dijo «así que es cierto que bzzzzzzzzzzzzz...». Yo es que, si quieres que te diga la verdad, cuando pienso en si yo le dije que tú le dijiste que yo le dijera «bzzzzzzzzzzzzz», me siento como si tratara de recordar aquella vez que estaba en París y vi una mosca atravesar veloz los Campos de Marte. Por más que me esfuerzo en recordar acabo topándome con la Nebulosa Andrómeda y el Gato Félix. (Oye, ¿qué tal está tu gato?) Pero no importa. Si lo que quieres es conseguir un hedor de primera calidad tengo aquí un libro de recetas acojonante: se coge un balde de unos 20-25 litros de capacidad. Se llena

hasta los bordes de heces infectas de tenias laaaargas muy laaaaaargas y a continuación se saca al balcón más soleado de la casa. Dejar reposar durante 4-5 horas. Cuando la capa superficial tenga aspecto de estar bien blandita, meter el cubo de nuevo en casa y llevarlo con no demasiado cuidado hasta el salón-comedor. Si salpica, tanto mejor. Subirse las mangas de la camisa (blanca) hasta el hombro y acto seguido introducir el brazo en la mierda hasta que haya quedado bien inmerso en ella —cuidado con las tenias porque a veces saltan y se le meten a uno por la boca—. Y luego remover, remover todo lo que se pueda. Con un minipimer es aún más divertido: te queda un gotelet precioso. BZZZZZZZZ. ¡Joder! Mi reino por un insecticida. Hablando en serio: Benito y yo no solemos reunirnos con la frecuencia de hace unos años, pero las veces que damos una vuelta juntos nunca me ha hablado mal de ti. Sólo de Jorge. Por lo demás, su hábitat relacional creo que está bastante limitado a Laurita, Padres, Asociación de Donantes de Sangre y Real Sociedad de la Patata Alavesa, principalmente. Puedo instalarle un micro en el ano y espíarle. También podría contratar los servicios de un buen detective. Yo creo que la culpa la tiene la ditzosa diglosia. O sea, el meollo de Euskadi: la propia sociedad vasca, bilingüista total, traduciéndose constantemente y por tanto constantemente apareciendo y desapareciendo, apareciendo y desapareciendo. Parecemos los habitantes de Crónicas Marcianas. ¿Sabes? Si alguien volviera de nuevo a gastarme una broma similar a la de tu última visita, creo que la resolvería de modo muy distinto (las implicaciones, o me las busco yo, o no me las busca ni Dios). Mis hijos —ejem—, mi esposa —cof-cof—, mis pericos —pío-pío—... Hay que

pensar -ejem-ejem- en todo. Incluso en mis huevos -Uf- ¡qué delicados! Espero que esta carta pueda provocarte algún que otro rato de buen humor —¡tumores ninguno!— Ejem. Y en caso de Ejem Claro que en un caso de Ejem la culpa no sería mía, la culpa sería de... veamos... sería de... **BZZZZZZZZZZZZZZ!** ¡Naturalmente! ¡De él! ¡DE EL! ¡Yo no quería! ¡Me incitó! ¡Me provocó! ¡Yo no fui! ¡Yo no le dije nada! Fue El. ¡El Innombrable! Ah, le machacaría con el Petit Robert.»

(To b